

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Ofelia Ladrón de Guevara Martínez
ofelialadrondeguevaramartinez@gmail.com

Los niños volvieron de noche, de Eduardo Cerdán

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 59, enero-marzo 2022, pp. 82-83.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Víctor Benítez



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

La irrupción de lo insólito

Cuentos

Ofelia Ladrón
de Guevara Martínez



Eduardo Cerdán, *Los niños volvieron de noche*, Monterrey, Nitro/Press/UANL, 2021, 111 pp.

Podría tratarse de un túnel oscuro, frío, que no acaba; de nuestra sombra que nos recuerda ese habitar lóbrego en cuerpo ajeno, en el vientre materno. Podría ser que una presencia nos invada, para así cuartearle a los días su rutina tan marcada de certezas. Lo insólito irrumpe. Es a través de su linterna como podemos escudriñar lo que habita dentro de nosotros. Ese inconsciente que, al cincelarse con palabras, no se fuga por completo.

Son 14 los cuentos que componen el nuevo libro de Eduardo Cerdán. Desde los primeros, a partir de una escritura certera que deja hablar a las entrelíneas, la presencia de ese otro –ya presente en el libro anterior del autor, *Pasos en la casa vacía*, pero que en estos cuentos se convierte en un punto de no retorno que es infranqueable para los personajes– se nos muestra. Podríamos ocupar la sentencia con la que da inicio Nerval a su novela *Aurélia* para describir la travesía que se nos impone en estos cuentos: “No he podido penetrar sin estremecer-

me en esas puertas de marfil o de cuerno que nos separan del mundo invisible [...]. Un entorpecimiento nebuloso se apodera de nuestro pensamiento y no podemos determinar el instante preciso en que el yo, bajo otra forma, continúa la obra de la existencia”.

Los personajes de *Los niños volvieron de noche* escuchan el balbuceo del terror, el fondo de la noche del que venimos y hacia el que vamos, y a quienes hay que devora en vida, como ocurre en el cuento “A tuestas en la casa oscura”, en el que el narrador cuenta el padecimiento cerebral de su tío: “¿Dónde habitan los que ya no son?”, se pregunta. No por nada, lo que tienen en común los personajes de *Los niños volvieron de noche* es esa atmósfera insólita que

Los personajes de
Los niños volvieron
de noche escuchan el
balbuceo del terror,
el fondo de la noche
del que venimos y
hacia el que vamos,
y a quienes hay que
devora en vida...

nos recuerda, como precedente, los cuentos de escritoras mexicanas de la Generación del Medio Siglo: el incesto y lo prohibido en Inés Arredondo, la siniestra Mariquita de Guadalupe Dueñas y los personajes sin identidad de Amparo Dávila. *Los niños volvieron de noche* dialoga con esta tradición y la homenaja, recordándonos que lo fantástico no solo son los fantasmas o la aparición de algún duende en mitad de un cerro, sino también esos escenarios de violencia extrema, de locura, de en-

fermedad, o de ausencia, como ocurre en el cuento mencionado.

Ir de lo sutil, desde lo que pareciera un accidente –como ocurre en “Escalera”, en el que una niña se ve tentada a seguir por el filo de un alero los pasos de un gato gris– hacia las apariciones en pozas y cementerios –como en los cuentos “Poza” y “Vaho”–; cruzar por las consecuencias de practicar la bonhomía en un mundo apolillado por violencia –“Corral” y “Camino”– para llegar a esos cuentos finales en los que ya no hay marcha atrás: ese otro lado se nos muestra, nítido.

En el antepenúltimo cuento, “Leche”, el autor Eduardo Cerdán, mediante una atmósfera que mezcla erotismo y sueño, nos obliga a entrar en los hipogeos del inconsciente. A través del monólogo que un joven dirige a su pareja, quien en silencio lo escucha mientras maneja hacia un motel, vemos cómo lo que causó miedo en la infancia se superpone al presente del personaje para arrojarnos al siempre aterrador convencimiento de que lo que nos habita está plagado de sombras inconexas las cuales nos empeñamos en descifrar. Sean nuestros instintos o nuestra razón a quienes encarguemos la tarea, el final será el mismo: una bruma invadida de formas y de voces que nadie ve ni oye, solo quien las padece.

Bañado de sudor por pesadillas a través de túneles negros, de sangre y de mugre que se mezclan con el erotismo necesario para su onanismo, Israel, el protagonista de “Juegos”, el último cuento, rompe el cascarón de la inocencia para lanzarse a ese otro lado en donde la venganza sustituye a la razón. Sus traumas, producto del abuso padecido en la niñez, en la necesidad de salir de su cuerpo encuentran, dentro del contexto de violencia en el que vive el protagonista, una forma de expresión que se adecua a ese lenguaje de te-

ror: no habrá resistencia, el mundo que lo rodea pasará a habitarlo.

“Israel tiene un pie en la realidad, otro en su desvarío”, señala el narrador del cuento. La brutalidad de esta historia, producto no del artificio que se utiliza para atraer lectores, sino del cauce mediante el que la historia se abre paso en su necesidad de ser contada, nos empuja, sin importarle si oponemos resistencia, a ese “instante preciso en que el yo, bajo otra forma, continúa la obra de la existencia”, como Nerval lo escribe. Y el silencio, y la arena que se arremolina en aquel desierto del norte en el que la historia ocurre, se presentan como la balanza entre el inicio y el final de la noche, entre los instintos y la razón con los que el alma humana juega, como al “Mar y Tierra”, donde, en ocasiones, un traspie la lleva a estacionarse en el extremo oscuro y, por tanto, de forzosa fatalidad.

“Todo es tan grande y abrumador y desconocido, que lo mejor es aplacarlo, mantenerlo en silencio”, dice Israel antes de llevar a cabo su venganza. Pero cuando ese silencio se tiñe de sangre y cede ante el impulso de lo desconocido que lo habita, y, sin prever los fuegos fatuos que le esperan, Israel se entrega a su sigilo, el lector agradecerá que las palabras sean las que den forma a la historia.

Esa catarsis de mirar nuestras pasiones sin experimentar el castigo de cometerlas –y que, luego de descender por sus infiernos, desemboca en la purificación, en agua calma que después de la pesadilla promete un sueño apacible– es la que probablemente el lector experimentará al leer las historias de *Los niños volvieron de noche*. Estas se abren paso entre el tumulto de imágenes que se resguardan en la oscuridad de nuestro interior para no ser vistas, y azuzarnos, desde ahí, a ser otros: inimaginables y contrarios a lo que siempre habíamos creído ser.



Julieta García, 2020

Como resultado de la lectura de estos cuentos y de la catarsis experimentada a través de ellos, el lector hallará un remanso después del espanto. Gracias a la prosa de Eduardo Cerdán, lo que se cuenta, al estar en palabras, no se pierde en el caos que habita el mundo interior de los personajes. En su gramática lo ciñe para que llegue a nosotros, y gracias a la lectura, lo terrible se pa-

raliza: alcanza un muro que a guisa de frontera lo detiene, cumpliendo así el deseo que su autor nos confiesa en los agradecimientos que preceden estos cuentos. **LPyH**

Ofelia Ladrón de Guevara Martínez (Xalapa, 1998) ha publicado en *Punto de Partida* de la UNAM y en *La Guarida, Literatura de España y América Latina*.